

## Réquiem

Un día más las campanas de la catedral comenzaron a entonar la pérdida de algún miserable, haciendo un llamamiento al populacho para comenzar las especulaciones rutinarias. Últimamente era el espectáculo habitual que se ofrecía ante mis ojos cada mañana, la palabra muerte se hacía asidua en estos días.

Sonriendo me encaminé hacia el estudio donde pocas horas antes había comenzado una nueva composición. Ahora que estaba fresca llegaba el momento de transmitir esas bellas notas al piano. Perfecto, hermoso comienzo para despertar los sentimientos más escondidos que el alma pudiera albergar. Tanto era así que en unos instantes Luca apareció por la puerta girando sobre sí mismo invitándome a bailar.

- Luca no puedo –le dije sonriendo ante su alegre baile –si deo de tocar nos quedaríamos sin música.

- Querida, habiéndola escuchado unos segundos, esa hermosa melodía se ha quedado grabada en mi mente y mi corazón, no necesito que continúes tocándola. ¡A mis brazos!

Sonriendo me levanté y comenzamos a girar sin parar con las campanas como acompañamiento de percusión. Continuamos así largo tiempo hasta que Luca se disculpó ya que tenía trabajo que realizar en el Conservatorio.

Me asomé a la ventana y pude vislumbrar la cara de asombro de aquellos que congregados en la puerta de la catedral recibían una sorprendente noticia. Madre entró en esos momentos al estudio con el rostro pálido y acongojado, es más, tuve que agarrarla para que no cayera desplomada al suelo.

- ¿Qué ocurre madre?.

- Hija, una tragedia. Han encontrado muerto a Leopold.

Leopold era un reconocido compositor de Arbis, se podría decir que uno de los compositores con más prestigio. Con él ya habían caído cuatro en la ciudad.

- ¿Se sabe cómo ha sucedido madre? – le pregunté intrigada con la respuesta que pudiera darme.

- Aún no se sabe la causa, pero como con los anteriores se rumorea que en extrañas circunstancias. Esto es una locura Alma, tengo pánico al pensar que alguien tiene algo en contra de los compositores de Arbis, tu hermano y tu padre...

- Madre por favor no piense en algo así, - la interrumpí –es pura casualidad sin más. Verá que en cuanto se conozcan las causas de sus muertes todo se aclarará y sabrá que lejos estarán de ser las que usted piensa –la abracé para tranquilizarla y la besé en el cabello acunándola como si de una niña se tratase.

Nada más comenzar a oscurecer me encaminé hasta la parte trasera de la capilla de St. Mariè. No era el sitio donde más me apeteciera ir, pero era necesario ya que necesitaba más, aún no había concluido mi obra. Tenía en mente mi creación más sublime, aquella por la que todos me reconocerían. Mi nombre, Alma Barsoba se imprimiría para siempre en los libros de compositores no solo de Arbis, sino del mundo entero. Era lo justo.

Una vez terminado apresuré mi paso para no perderme el comienzo de “Regina”, ópera que estrenaba el compositor italiano Masstrone. Giuseppe Masstrone llevaba afincado en Arbis desde hacía diez años y ésta era su segunda gran ópera a la cual asistiría toda la ciudad con gran entusiasmo. Mi familia tenía reservado uno de los palcos y no me permitirían que llegara con retraso.

Al llegar pude escuchar conversaciones por doquier relacionadas con el último fallecimiento, acerté a escuchar el nombre del maestro Leopold. Hablaban además del gesto de espanto y horror con la que le encontraron y la posición retorcida y desnuda de su cuerpo. Aburrida por tales comentarios me adentré en el Palacio y me acomodé en mi sitio donde me esperaban mis padres y Luca con gesto malhumorado.

La ópera transcurrió como era debido, una mediana composición que por el hecho de estar compuesta por un renombrado compositor ya era suficiente para que los espectadores se izaran en aplausos en cada acto para goce y disfrute de Masstrone. Debido a mi cara de burla tuve que soportar varios codazos de Luca; por todos era conocido que me sentía incómoda en este tipo de actos y no iba a darles el gusto de la sumisión protocolaria.

Finalizado el último acto mi familia me anunció la asistencia obligatoria al palacete de Masstrone donde éste ofrecería una recepción a sus amigos más íntimos, es decir a toda la ciudad. Acepté con gusto para asombro de los presentes ya que este sería el momento idóneo para intentar estar a solas con el anfitrión.

Una vez en la recepción acepté a bailar con Masstrone el cual no cesó en alabanzas hacia mi belleza y en felicitar a aquel que un día me hiciera su esposa. Yo, por mi parte, adopté mi comportamiento más cautivador y le susurré al oído la intención de tener un encuentro privado donde me proponía pedirle consejo respecto a una nueva composición que había comenzado. Como no podía ser de otra manera, debido a su fama de Casanova, aceptó con agrado y me hizo saber que a la salida su mayordomo me entregaría una nota con el día y la hora del encuentro.

¡Por fin lo había conseguido! Masstrone era una de las personalidades más difíciles de ver en privado y llevaba tiempo intentando por todos los medios arreglar este encuentro.

La cita tendría lugar al día siguiente en una casa de campo a las afueras de Arbis. En la nota me hacía saber que estaríamos los dos solos para que así nadie pudiera molestarnos. Perfecto, ya que era una de las premisas fundamentales para mi propósito. Había creado para él la composición más hermosa de todas hasta ahora concebida y sería la culminación de mi obra. Excitada por la idea pasé toda la noche retocando los preparativos para la cita, nada debía salir mal.

A la mañana siguiente, al mirar por el balcón, observé que estaba teniendo lugar el funeral por el maestro Leopold. Madre se enfadó conmigo por no querer asistir, me excusé aquejando una fuerte jaqueca y pude librarme de dicho acto.

Pasé todo el día presa de una euforia fuera de lo común, no podía permanecer quieta y las horas se me hicieron eternas hasta que el reloj marcó las nueve de la noche. Me disponía a solicitar el carruaje y a coger el Violín cuando Luca se me interpuso en el camino extrañado por mi atuendo y por la funda del instrumento.

- ¿Querida te dispones a salir? –me dijo con el ceño fruncido.

- ¿No es obvio? –le dije malhumorada.

- Si, es obvio. Lo que no veo tan obvio es hacia dónde te diriges vestida así. ¿De dónde has sacado esa funda? ¿Es tuyo ese instrumento? –sus ojos se centraron en el Violín para mi desesperación. –Déjame ver el interior.

Con aire de desdén aparté su mano que se dirigía hacia el instrumento argumentando que no era de su incumbencia, que no se metiera en mis asuntos y que me dejara en paz.

- No tengo tiempo hermanito para fruslerías, así que no te inmiscuyas en mi vida y hazte a un lado.

La cara de Luca era un cuadro, creo que no le había hablado así en mi vida pero no podía permitir que me estropeará el plan, así que salí despedida hacia la puerta donde me esperaba el carruaje.

En el camino me dejé invadir por el instrumento, acariciándolo, haciéndolo mío y pude percibir la unión entre los dos, éramos solo uno. Éramos la pareja indestructible, él y yo.

La casa de campo era una maravilla para la vista. Adentrada en el bosque se izaba hacia el cielo, que más que una casa de campo parecía un hermoso palacio escondido y abrazado por la vegetación de los bosques de Arbis. Al llegar fue el propio Masstrone quien salió a recibirme. En sus ojos brillaba la picardía propia de un mujeriego cuarentón como él. A decir verdad, Giuseppe no me desagradaba a la vista, era apuesto y tenía mucho encanto pero cometió un error por el cual nunca me haría su esposa.

Si por fuera la casa de campo era hermosa por dentro era espléndida. Podría permanecer toda una vida en ella. El gusto y la exquisitez de la decoración dejaban sin palabras, no habría podido imaginar un escenario mejor para llevar a cabo mi más grande obra.

Pasamos al salón donde habían preparado un succulento banquete para dos, toda la estancia se encontraba iluminada por velas sobre unos bellísimos candelabros de plata y al fondo de la estancia el piano de cola y un gran fuego hacían más acogedor el momento. Masstrone por su parte estaba acorde con todo, era dulce, muy caballero y servil. Todo era de ensueño.

Cuando acabamos de cenar nos dispusimos a tomar un coñac y a brindar por el encuentro, que según él fue deseado desde hacía tiempo, pero que debido al percance del año pasado no se atrevía tan siquiera a dirigirme la palabra. Yo sonreía y le pedía que no se disculpara, que eso era pasado y que pasado y olvidado estaba. Me dirigí hasta el diván donde dejé el Violín y abrí la funda, todos teníamos el mismo derecho a observar y a disfrutar del espectáculo. Y fue

entonces cuando le besé con una pasión desbordante. A medida que nos besábamos succionaba con más y más fuerza hasta tal punto que me retiró sonriendo y aludiendo este hecho.

- Vaya Alma, no me imaginaba que fueras una mujer tan apasionada. De haberlo sabido hubiera estado preparado –me dijo sujetándome por los brazos con cara perpleja.

- ¿No es lo que querías, no es lo que has ansiado desde hace tanto tiempo? –le dije con una sonrisa maliciosa –pues aquí me tienes, toda para ti –me insinué mientras comencé a desabrochar el corsé de mi vestido.

- Claro que quiero Alma discúlpame –sus ojos se dirigían hacia mis manos y se abrían cada vez más –no me esperaba que fueras tú la que dieras el primer paso y menos aún de esta manera.

Me cogió de la cintura y me besó. Besó mi boca, mi cuello, mis pechos y mi estómago hasta que me desvistió completamente y me alzó para hacerme reposar sobre el piano. La pasión y la euforia se hicieron con mi cuerpo, me veía suspendida sobre los dos cuerpos sudorosos y desenfrenados. Contemplaba como mis uñas y mis dientes se clavaban sobre su dura y mojada piel provocándole incesantes espasmos de placer. Su cuerpo se retorció cada vez que mi lengua surcaba el orificio de su oído. Y me sentí completa por él. Nuestros cuerpos entonces comenzaron un baile frenético donde cada uno sabía que notas tocar para que resultara una pieza única y perfecta, sostenidos por aquí, bemoles y fusas por allá, hasta que nuestro dueto tronó en mi interior dejándome todo lo satisfecha que solo una gran obra podía conseguir. Me levanté dejándole exhausto sobre el piano y me dirigí hacia el violín.

- Mi querido Masstrone, no te puedes imaginar cuanto he esperado este momento –le canté mientras cogía el instrumento – por fin ha llegado el momento de que escuches mi gran obra. La he compuesto especialmente para ti, espero que disfrutes de ella tanto como he disfrutado

yo creándola, eso sí, tengo que confesarte que me han ayudado a darle el toque final para que puedas recordarla en el infierno.

Al oír esto Giuseppe se incorporó confundido.

- ¿Infierno has dicho? –dijo comenzando a reír como un necio.– Eres increíble Alma, ¿cómo intentas hacerme pasar del cielo al infierno de repente?, ¿crees que es posible?– Continuaba jactándose como si de una maldita broma se tratase. –Vamos pequeña vuelve junto a mí o deléitame con tu música, veamos si has mejorado desde la última vez.

- ¿Desde la última vez?, me alegra que lo recuerdes ya que este Réquiem es en agradecimiento a aquella última vez.

- ¿Réquiem?, ¿y por qué un Réquiem y no un Aria? Podrías haberte esmerado un poco más querida, una composición un tanto amarga para un momento como este, ¿no crees? –me dijo en tono burlesco.

- ¿Sabes? Todos me dijeron esas mismas palabras antes de morir aterrorizados ante mí. Un Réquiem para un Muerto. –Me miré en uno de los grandes espejos de la estancia para contemplar mi rostro. Este había adquirido un aire malévolo y siniestro. –Vosotros los hombres que os creéis superiores en todo a nosotras incluso para excluir a una mujer como compositora y dejarla en ridículo delante de todos, vosotros que os alzáis como seres superiores relegándonos a simples amas de casa y amantes, vosotros que sois capaces de destruir el sueño de cualquier mujer por el mero hecho de ser hombres, vosotros que decidís sobre nosotras creyéndooos nuestros dueños; vais a pagar por cada una de las humillaciones que me habéis hecho tragar, vais a pagar con dolor y espanto todas y cada una de las lágrimas que he tenido que dejar escapar, vais a pagar por vuestra hipocresía y fanfarronería al haberme querido desterrar de la historia de los grandes compositores. Y me corrijo en lo dicho, vas a pagar porque los demás ya pagaron y están en el infierno retorciéndose al compás de sus

respectivas melodías. Pero la tuya será la más colosal y tendrás un puesto de honor allá donde irás a parar.

Comencé a reírme a carcajadas mientras Masstrone intentaba incorporarse y dirigirse hacia mí, de pronto comencé a tocar su Réquiem. Entonces se paró en seco al percibir que del Violín no solo brotaban notas, además surgían formas espectrales que se abalanzaron inmediatamente sobre él provocando un baile que acompañaba a mi bella obra. Centenares de alimañas inmundas surgieron por todos los rincones del salón abrazando al aterrorizado e histérico compositor. Yo por mi parte tocaba y reía, tocaba y bailaba, bailaba y reía deleitándome con tan hermoso espectáculo y apreciando el coro de aullidos con los que acompañaban el Réquiem.

Afuera, observando desde uno de los grandes ventanales, se encontraba boquiabierto Luca y unos oficiales, a los cuales había llamado preocupado por donde me dirigía y lo que pudiera sucederme. Ninguno de los presentes podían articular palabra ante el grotesco espectáculo que se les ofrecía ante sus desconcertados ojos. Todos y cada uno de ellos no podían creer lo que estaban contemplando. Luca reaccionó y entraron al interior pero una vez que penetraron en la estancia sus cuerpos se quedaron inmóviles, hipnotizados por el Réquiem.

Concluida mi gran obra y al observar que tenía público no pude menos que hacer una reverencia a los asistentes esperando el gran aplauso, más no llegaba, solo aprecié la cara de pavor y confusión en sus rostros al ver en el suelo una masa de sangre, tozos de carne y huesos.

- ¿Por qué Alma? –articuló por fin Luca. – ¿Qué has hecho hermana? –su cara denotaba espanto, tristeza y pena hacia mí.

Me arrodillé dejando caer el Violín infernal, cabizbaja mirando hacia lo que quedaba de Masstrone, comprendiendo que todo había acabado y que no me sentía mejor. Seguía humillada, dañada. Es entonces cuando entendí que no me libraría nunca del dolor y el rencor que sentía en mi interior.

Alzando la cabeza y dirigiendo mi mirada hacia ellos también supe algo y respondí a Luca.

- Para ser recordada.

**Fdo.: “SikkiS”**